

EL LUGAR DE LA IGLESIA EN CUBA

Reflexionando después de la visita del Papa

Muchas personas consideran que la situación en Cuba necesariamente cambiará después de la visita del Papa, en términos sociales o de relaciones sociales, aunque ninguno dice cómo se producirá ese cambio.

Recuerdo una conversación franca que sostuve durante los días de la visita con un militante comunista; en un momento del diálogo mi interlocutor afirmó con absoluta convicción que los dos acontecimientos más grandes ocurridos en Cuba durante el presente siglo eran, primero, el triunfo de la revolución de 1959, el otro, la visita del Papa Juan Pablo II. En ningún momento mi compañero de diálogo, y paisano, hizo referencia a los cambios que podrían ocurrir en esta isla con motivo de la mencionada visita, pero puedo pensar que lo consideraba: si el primer acontecimiento produjo grandes transformaciones, también las podría producir el segundo. ¿por qué no?

El hecho mismo de la visita, y su preparación, produjo situaciones cambiantes, o al menos dejó en evidencia que algo distinto a lo habitual estaba ocurriendo en Cuba. Tuvimos misas públicas, misiones populares y multitudinarias peregrinaciones con la Virgen de la Caridad; se pueden verter muchas opiniones sobre estos hechos, pero demostraron dos cosas. Primero, el apetito religioso o espiritual de la población cubana, en su mayoría joven y, por el mismo hecho, normalmente ajena a toda manifestación religiosa durante casi cuatro décadas pero que, al existir condiciones que permitieran manifestar la religiosidad, no dudaron en pronunciarse, aunque no conocieran las oraciones de la Iglesia, no supieran hacer la señal de la cruz o, confundidos, creyeran que el Cardenal Ortega es el Papa. Pocas personas rechazaron a los misioneros que visitaron las casas, y si hubo casos de personas que los recibieron con el único objetivo de saber *qué se decía y se entregaba*, los testimonios de los misioneros católicos a lo largo del país refieren una sed de Dios inusitada y humanamente inexplicable. De manera que, antes de la llegada de Juan Pablo II, era evidente el despertar religioso de buena parte de los cubanos. *Despertar religioso* porque la religiosidad en realidad no había desaparecido, sino más bien estaba adormecida.

El segundo punto demostrado, ya antes de -y confirmado durante- la visita, es el influjo que tiene la Iglesia Católica en la población cubana. Vale la pena hacer una aclaración, pues tal afirmación puede generar malentendidos. La institución católica actual no es la misma de hace cien años, ni siquiera igual

a la de hace cuarenta años, aunque sea su continuidad en el tiempo; pero los acontecimientos de las últimas décadas despojaron a la Iglesia de ciertas garantías sociales, haciéndola más vulnerable con respecto al contexto social cubano, lo cual, inevitablemente, la hizo menos pretenciosa o elitista, pues no existen alianzas estratégicas de ningún tipo con las estructuras de poder, ni siquiera en campos donde la Iglesia normalmente presta su colaboración, como la educación y la salud. Quedando así relegada, fuera de todo protagonismo o influencia social, la Iglesia cubana aprendió a vivir con más humildad, lo cual no significa renunciar a legítimas aspiraciones que inspiran su misión pastoral, que es otra cosa; de manera que el triunfalismo no ha sido virus contaminante en los ámbitos eclesiales, ni de obispos o sacerdotes, ni de religiosos o religiosas, ni tampoco de laicos. El espíritu triunfalista no debe tampoco, en lo adelante, corromper la dignidad evangelizadora de la Iglesia, y esto debe quedar claro tanto para las estructuras sociales establecidas como para los que formamos la Iglesia Católica en Cuba. Pero lo cierto es que la población reaccionó positivamente ante lo propuesto por la Iglesia, ya fuera la invitación a leer el Evangelio de San Marcos, el acercamiento a la pequeña y frágil imagen de la Virgen de la Caridad o la proposición de encontrar al Papa Juan Pablo II. Es verdad que no se sabe mucho de *lo católico* a escala nacional, y que en ocasiones se aprecia una especie de religiosidad muy sencilla, o mezclas con las manifestaciones religiosas afrocubanas, pero el encuentro con la religión de sus antepasados a través de las imágenes propuestas, activó la memoria religiosa. No está bien decir que Cuba fue siempre católica, hubo espacio para otros, pero nuestra matriz es cristiana, así lo gritan desde el pasado, y aún hoy, nuestras diferentes manifestaciones culturales, desde la poesía hasta la arquitectura, nuestros arrosos y prejuicios sociales, nuestro ideal de justicia social compartida o nuestro mismo lenguaje, y dentro de esa matriz de varios siglos lo católico ocupó mayor espacio y tiempo. No somos de la América anglófona, somos de la América hispana. Y en esta Cuba de hispanoamérica cupieron también, haciéndonos únicos y singulares, tanto los africanos como los asiáticos, los hijos de Israel y los que abrazaron el cristianismo de la Reforma.

Continuando con lo de los cambios o situaciones novedosas, recordaré de modo particular la misa del 25 de enero (día dedicado por la Iglesia a la conversión de San Pablo, el perseguidor de cristianos convertido en perseguido, apóstol incansable del cristianismo) en La Habana, en la gran plaza donde por años,

millares y millares de cubanos fueron congregados para participar en actos de profundo contenido ideológico, no religioso; pero aquel día, tanto congregantes como congregados de otros momentos, ocuparon un nivel similar para escuchar a un venerable anciano, sucesor de Pedro, hablando de una verdad que libera definitivamente, de la cultura del amor y de la vida, de la justicia, del perdón, de la reconciliación y la paz, no como un simple líder de multitudes, sino como alguien que, convencido de su misión milenaria, con cariño e interés manifiesto por todos los cubanos, con particular vocación de padre, es capaz de anunciar que "*¡Esta es la hora de emprender los nuevos cambios...!*", la hora del *Espíritu que quiere soplar en Cuba*, la hora de la *renovación*, de una *nueva revolución del espíritu* que nos eleve a todos hacia una sociedad renovada. Y a toda invitación, la acogida cálida, el aplauso total, la frase de cariño para con un hombre que se apropió del corazón de creyentes y no creyentes.

Más de uno se puede haber sorprendido escuchando a Juan Pablo II hablando en un lenguaje que cuestiona, pero el lenguaje de la Iglesia cuestiona siempre -no sólo *ad extra*, también *ad intra*-; es ese cuestionamiento lo que lleva al Papa a rechazar "*las sanciones económicas impuestas desde fuera*", a proponer la creación, "*con el vigor de la esperanza y la generosidad del amor fraterno...un ambiente de mayor libertad y pluralismo...*", a animar a los laicos católicos "*a servir al pueblo...en todos los ámbitos ya abiertos, y esforzándose por lograr el acceso a los que todavía están cerrados...*" No deben ser estas palabras que asusten, sino más bien una invitación a asumir nuestra inevitable condición de individuos que conforman una sociedad diversificada. Hay una ética cristiana que impulsa a iluminar las distintas manifestaciones humanas, y no por antojo. Así ha sido desde la primera prédica de Jesús y, cualquiera que se llame cristiano, debe obrar de igual forma pero, como el Maestro, el discípulo no debe tampoco olvidar la caridad que invariablemente acompaña a la Verdad. Esa caridad es la que nos hace ver en cada hombre a un hermano. La Iglesia no puede renunciar a la denuncia y al anuncio cuando lo considere necesario, porque sería negar al propio Jesucristo. Muchos ejemplos abundan también en nuestra época, desde las injusticias iniciales que inspiraron a los después llamados "teólogos de la liberación", hasta las desgarradoras denuncias de Monseñor Romero, el hermoso testimonio de la Vicaría de la Solidaridad en el Chile de la dictadura, o la denuncia del Episcopado norteamericano al embargo contra Cuba.

Pero una vez concluida la visita la pregunta que rebota en ruido silencioso en los hogares cubanos es "*¿qué pasará ahora?*" No es una pregunta injustificada, pues la situación interna del país y su relación con el exterior ha despertado muchas interrogantes y no es tan fácil encontrar respuestas. Sin embargo es normal buscar respuestas, porque el ser humano necesita saber o cono-

cer, tener ciertas garantías y seguridades que le permitan preparar el futuro, tanto el propio como el de aquellos que, de alguna forma, dependen de él. Sin bolas de cristal a mano, ni la posibilidad de escuchar revelaciones proféticas, queda al menos la convicción de que algo ocurrirá, inevitablemente, un algo positivo y abarcador, no excluyente, y ese algo nos toca a nosotros lograrlo.

Me parece que el camino comienza a iluminarse a partir de lo que se denomina el "éxito" de la visita papal. La visita fue un éxito, y en esto están de acuerdo tanto el Estado como la Iglesia en Cuba. ¿De quién es el triunfo? De Cuba, de los cubanos, de todos nosotros. Si aceptamos esto, aceptamos que algo ha comenzado a cambiar dentro de nosotros mismos, si cambiamos nosotros, cambiaremos nuestras relaciones sociales. No hay cambio social verdadero si no se produce antes una verdadera transformación de la comunidad humana, y de esto hay pruebas evidentes: algo cambió en la persona que regresó al templo; en los que se dieron por primera vez un abrazo de paz en la misa del Papa; en el preso que pudo ver las imágenes por televisión y en el carcelero que subido en la azotea de la prisión dijo adiós al Papa, sabiendo que no le vería desde su avión; en el funcionario y el agente de la seguridad que trabajaron en la preparación de la visita, y en el católico que con ellos trabajó. Eso son cambios. Los cambios en Cuba son necesarios porque así lo demandan las relaciones necesarias entre los propios cubanos; no necesitamos el cambio de moda en el ámbito internacional, sino el nuestro, el que nuestra historia y nuestra cultura propician, el que demandan desde hoy los cubanos de mañana; el que conserve lo positivo y restaure lo bueno; el que congregate y aglutine; el que proscriba lo injusto y eleve lo digno; el que dé a la religión su justo lugar en la sociedad; el que haga que cada cubano ame con todas sus entrañas la patria hermosa; el que indulte prisionero y reintegre los indultados a la sociedad; el que dé oportunidad al hombre de ideas diferentes pero limpias y justas; el que nos abra al mundo con todas nuestras potencialidades.

Un paso grande se ha dado. Un gran prejuicio se ha roto, faltan otros. No hemos llegado a la meta y el camino es largo, pero también ancho. El momento es desafiante, pero es también de valientes, más que de guerreros y políticos, de valientes de espíritu. Millones de cubanos, de todas las categorías y formas de pensar, demostramos en esos días que somos también hombres y mujeres valientes en el espíritu.

En cuanto a la Iglesia Católica, aquí está, aquí continuará dando testimonio de la fe que guarda; no quiere ser excluyente ni excluida; quiere alcanzar los espacios necesarios para su misión, no para ascender al poder, sino para comprometerse más en el servicio a los hijos e hijas de esta tierra. El futuro de los cubanos es también el futuro de la Iglesia en Cuba. □

NOTA A LOS LECTORES

El Consejo de Redacción de **Palabra Nueva** pide disculpas a sus lectores por el tiempo en que nuestra publicación ha dejado de circular. Agradecemos a los lectores el manifiesto interés hacia la revista y hacemos patente nuestro deseo de continuar realizando este puente de comunicación para todos.